



José Milicua

INMA SAINZ DE BARANDA

Gran figura de la historia del arte en España, discípulo de Roberto Longhi, su faceta como estudioso y divulgador estaba diseminada en artículos, ensayos o críticas, ahora recuperados. Lo explica el editor de la obra

## El legado del 'connoisseur' José Milicua



**José Milicua**  
Ojo crítico y memoria visual.  
Escritos de arte

EDICIÓN A CARGO DE  
ARTUR RAMON.  
CENTRO DE ESTUDIOS  
EUROPA HISPÁNICA  
(CEEH)

### ARTUR RAMON

De la misma manera que el enólogo tiene un paladar para el vino o el perfumista una nariz para la fragancia, el *connoisseur* construye el ojo para comprender el mundo que hay detrás de la pintura. Un *connoisseur* es alguien capaz de deconstruir un cuadro a través de un ojo entrenado y experto y así poder identificar la identidad del artista que lo creó. En nuestro mundo, donde se explica la historia del arte sin mirar las obras, el *connoisseur* es una *rara avis*, una especie en extinción. Nace la tradición del *connoisseur* con las *Vite* de Giorgio Vasari, a mitad del siglo XVI, y acaba con los discípulos del crítico italiano Roberto Longhi, que se forman a mitad del siglo XX: cinco siglos construyendo una mirada culta de raíz italiana pero con conexiones en todo el mundo donde el primer dato es siempre la obra y el resto la parti-

tura. Hoy se han invertido los términos y lo que importa es el contexto mientras cada vez la obra queda más lejana y extraña, casi incomprensible.

El profesor José Milicua (Oñate, 1921-Barcelona, 2013) fue el único discípulo español de Roberto

**Entre todos los pintores, José Ribera fue su preferido y descubrió datos esenciales sobre él**

Longhi, a quién conoció, por azar, en Milán en 1951, visitando la exposición que redescubrió a Caravaggio. Milicua tuvo el privilegio de entrar en su círculo y comprender de primera mano su método, que consistía en utilizar la comparación (*paragone* en italiano, el mismo

nombre de la revista que Longhi creó) entre las imágenes como motor de una filología propia para la pintura. Se trataba de conocer, atribuir y buscar las equivalencias verbales para trasladar con precisión la experiencia del ojo a un lenguaje poético: el arte de escribir sobre el arte.

A los tres años de su fallecimiento, el 14 de junio del pasado año se presentaba en el Museo del Prado y el 26 de enero de este año en el Palau Moja de Barcelona el libro *Ojo crítico y memoria visual: textos reunidos de José Milicua*, publicado por el Centro de Estudios Europa Hispánica (CEEH), el legado escrito de uno de los mejores historiadores del arte españoles de todos los tiempos. Aunque este es el segundo libro de Milicua –*Palencia monumental*, una guía que se editó en 1954, es el único que publicó en vida–, su faceta como estudioso y di-

vulgador del arte estaba diseminada en múltiples ensayos que escribió para revistas especializadas, voces y fichas para catálogos y críticas periodísticas, una selección de las cuales configura este volumen. El atrio del libro queda configurado por la contribución de historiadores que lo trataron y fueron amigos como Ferdinando Bologna, también longhiano, Leticia Ruíz y Javier Portús, interlocutores en su paso por el Museo del Prado, Rosa Vives, que fue su alumna predilecta, y el retrato personal del artista y escritor Pablo Milicua, su sobrino, junto con un álbum fotográfico que recoge algunos momentos de su longeva vida. Una cronología y una

**Milicua conoció a Longhi en Milán, visitando la muestra que redescubrió a Caravaggio**

bibliografía del personaje y un índice onomástico complementan este trabajo.

Los textos reunidos siguen un orden cronológico de los artistas tratados y no de cuando fueron publicados para darle un hilo conductor coherente al discurso, que va de Diego de Siloé a Picasso pasando por los grandes maestros que nunca dejó de mirar –el Greco, Cranach, Caravaggio, Velázquez, Zurbarán, Cavallino, Goya, Paret, Meléndez– y otros menos relevantes como son Juan de Sevilla, Campeche, Snyders o Regoyos, pero que trató con la misma pasión y rigor. Entre todos los pintores, José Ribera fue su preferido y descubrió datos esenciales en la biografía del pintor que cambiaron la historiografía y pudo participar, ya al final de sus días, del extraordinario hallazgo de Gianni Papi que al dar a Ribera los cuadros del Maestro del Juicio de Salomón puso luz en los primeros veinte años del maestro, que habían quedado sepultados por el tiempo.

Para Milicua la pintura no tenía fronteras ni en el espacio ni en el tiempo, y su curiosidad e interés pasaba por una mirada que se servía de distintas lentes. Con el gran angular observa atentamente la representación de los ángeles en la pintura barroca española y analiza las *Demoiselles d'Avignon* de Picasso, mientras que con el microscopio indaga, por ejemplo, en la pincelada suelta de Velázquez tratando las flores y las compara con Renoir.

José Milicua, un hombre y un nombre, del que algunos oyeron hablar pero no pudieron leer y otros descubrirán ahora por primera vez. Este libro no sólo es un compendio de sus años dedicados a mirar y contar los cuadros sino un homenaje de quien fue uno de los últimos eslabones de la cultura del *connoisseur* a través de sus escritos, hoy más necesarios que nunca. |